

cia de una legua hallaron en un valle arenoso huellas de innumerable gente, y por cinco sendas bastantemente anchas que allí se juntaban pisadas recientes de hombres que huían. Hallaron también algunas flechas, macanas y una especie de chuzos. Cojieron cinco prisioneros, el uno huyó, los cuatro trajeron al padre, según la orden que les había dado que no matasen alguno. Puestos en su presencia muertos del susto, el padre, llevando adelante su fábula, les dijo que no tuviesen temor, que él no había de manchar sus manos con la sangre de unos cobardes y mugeres como ellos, que no habían tenido, siendo tantos, valor de verle la cara. Hizo luego disparar el arcabuz, y ellos con las manos en la cabeza cayeron por el suelo aturridos. Id, prosiguió, y decid á vuestros parientes, que el padre que está con los batucas tiene con qué matar mucha gente á un tiempo, y que si no os ha cortado las cabezas es porque no tiene mal corazón como ellos. Que espere en breve en su tierra al capitán de los españoles, que no tendrá de ellos la piedad que yo he tenido de vosotros. Dicho esto los despachó á su tierra escoltados de algunos indios fieles, porque no les quisiesen dar muerte los batucas. Esta generosidad mudó los ánimos de aquellas naciones, que algunos años despues se vieron correr con ansia á las fuentes del bautismo, y formar una cristiandad que dará mucha materia á esta historia.

Muerte de varios sujetos.

Entre tanto perdió aquella misión un grande operario en el colegio de Sinaloa, al padre Gaspar Varela despues de muchos años de continuas y provechosísimas fatigas. La poca diligencia de aquellos tiempos, ocultándonos el mes y el día de su muerte nos ha defraudado también de algunas de sus particulares virtudes. Lo mismo nos obliga á decir del padre Francisco Ramirez de Leon, coadjutor espiritual formado en el colegio de México. Solo sabemos de él que por mas de cuarenta años se ocupó en enseñar á los niños los primeros rudimentos de la gramática, oficio poco lustroso á los ojos del mundo; pero en que el varon humildísimo halló modo de cumplir perfectamente con el altísimo fin de su instituto, formando de aquellas tiernas plantas instrumentos aptos para la mayor gloria de Dios, y santificación de las almas. Siguió á uno y otro en la Casa Profesa el padre Diego Diaz de Pangua, sujeto nacido para todos los varios y fructuosos ministerios de la Compañía, de una viva y poderosa elocuencia en el púlpito, de acertado consejo en los negocios, de admirable celo y fuerza de espíritu para las misiones, y rigidísimo observador del instituto, en cuyas disposi-

ciones mas menudas hallaba siempre mucho que admirar y que alabar en sus familiares conversaciones. Fué maravillosa su obediencia, no ménos en dejar los aplausos de la cátedra, despues de muchos años para ir á las misiones de Parras, que en dejar despues aquel sitio, en que se ocupaba con tanta utilidad para venir á la congregacion del Salvador. Su retiro, su humildad y una sinceridad de niño, en medio de una eminente sabiduría, le hicieron muy amable á toda la provincia. Murió el día 25 de abril de 1631.

A fines del año, el día 3 de noviembre, se juntó en el colegio máximo la undécima congregacion provincial, en que siendo secretario el padre Tomás Dominguez, fueron elegidos procuradores á Roma y Madrid el padre Florian de Ayerve, y el mismo padre Dominguez. Viendo á los postulados que debían hacerse á nuestro padre general, determinó la congregacion pedir á su P. M. R. que los provinciales se señalasen cada tres años, cosa que habia sufrido alguna alteracion desde el año de 602, en que vino á Nueva-España el padre Ildelfonso, que como todos sus sucesores hasta el presente padre Gerónimo Diez, habia gobernado seis por dispensacion de los padres generales, á causa de la distancia. Se propuso que esta no era tanta, que no se pudiesen recibir al año dos ó tres despachos de Roma, y que para obviar otros inconvenientes, se debía reducir á los términos comunes y al uso de todas las provincias de Europa, muy conforme en esto á la mente del Santo fundador, que no habiendo limitado tiempo á los rectores, lo limita á los provinciales en la parte 9 de las constituciones, cap. 3 § 14. Lo segundo, que á los provinciales de Europa se quite la facultad de enviar á las Indias algun sugeto, ni de feriar ó contratar en esto á su arbitrio con los procuradores de América, habiéndose tocado que semejantes sugetos eran acá de muy poca utilidad. Lo tercero, que se impetrase de su santidad el privilegio de celebrar nuestros sacerdotes tres misas el día de la conmemoracion de los fieles difuntos, que se decia haber impetrado para su provincia los procuradores del nuevo reino de Granada. Se pidió también que condescendiendo con los deseos de los moradores de la Habana, se dignase su padre conceder se estableciese allí alguna residencia de la Compañía. Dió ocasion á esta súplica la grande instancia que el año antecedente pasando á su obispado de Guadalajara, habia hecho al padre provincial el Illmo. Sr. D. Leonel de Cervantes, que habia gobernado ántes aquella diócesis, y escrito sobre lo mismo al padre general.

Undécima congregacion provincial.

Indicaciones de los sucesos.



Muerte del P. Meneses.

Unión de las provincias.

Minas del Parral.

Inquietudes de los guazaparis.

haciéndole presente el antiguo afecto de aquella ciudad desde que los primeros jesuitas vinieron á la Florida, á que se añadía ser una escala necesaria para la navegacion á España. Poco despues de la congregacion falleció el padre Gaspar Meneses, rector que habia sido, é insigne operario de indios en el colegio de Tepotzotlán. Fué un grande ejemplar de todas las virtudes religiosas, singularmente de una invencible paciencia, con que reducido á su pobre lecho, de perfecta padeció y edificó por mas de seis años al colegio de México. En nuestro menologio se hace memoria de él el dia 11 de mayo de 1631. No sabemos por qué, cuando consta haber tenido voto en la congregacion pasada, que se concluyó el 7 de noviembre, y mas cuando hallamos que murió el 22 del mismo, en la carta que escribió de sus virtudes el padre Melchor Marquez.

En las misiones fuera de los ordinarios trabajos, nada se ofrecia digno de especial memoria, sino que habiéndose descubierto las minas del Parral, se comenzaron á poblar de mas españoles las tierras vecinas de tepehuanes, y se facilitaba mas el socorro y seguridad para las nuevas conquistas de los taramaues, que se habian comenzado el año antecedente. La paz en que estaba toda la cristiandad de Sinaloa no podia durar mucho. Tantas naciones de *temoris, aibinos, sisibotaris, batucas, chinipas, nebomes y guazaparis*, como se habian agregado en los años próximos al redil de la Iglesia, sin la mayor contradiccion, eran para los hombres apostólicos bastante motivo de temor, sabiendo que no se fundan sólidamente las nuevas iglesias sino sobre los sudores y la sangre de sus ministros. Efectivamente, se formaba ya una tempestad para venir á descargar sobre las cabezas de algunos de los misioneros. El cacique Comabeay, que habia tan instantemente pretendido el bautismo y exhortado á los demas de su nacion Guazapari á imitar un ejemplo tan glorioso, poco despues vuelto á su natural fiereza habia comenzado á sembrar palabras sediciosas contra el padre Julio Pascual, que habia, como dijimos, sucedido al padre Pedro Juan Castini. El buen padre procuró con beneficios y con dádivas vencer la dureza de aquel rebelde apóstata, que ó cedió ó disimuló algun tiempo hasta haber fortificado su partido. No tardó mucho en conseguirlo, y á fines del año antecedente se declaró abiertamente en sus nocturnas asambleas sobre el asunto, de dar la muerte al padre Julio. Avisados de estos perversos designios, y no tomando para su defensa algunas precauciones, los fieles chinipas dieron noticia al capitán, que

al punto mandó al padre seis soldados de escolta. La presencia de estos contuvo por algun tiempo á los partidarios del mal cacique. Hicieron al misionero tantas promesas y parecieron entrar en su deber con tal fervor, que el hombre de Dios persuadido á que no habia habido fundamento para tanto temor, y que habian sido sospechas nacidas del grande amor que le tenian sus fieles chinipas, volvió á la villa los soldados. Entre tanto el pérfido Comabeay con la alianza de los varohios habia fortificado su partido de Guazaparis mal contentos. Enviaron los de Varohio á llamar al padre para administrar la Extremacion á un enfermo, creyendo que con esta ocasion se detuviese algunos dias en su pueblo. No habia aun llegado la hora de Dios, ni era aquella sola la víctima que debia ofrecerle su vida por la salud de los bárbaros. El padre Julio luego que ungió y consoló al enfermo, dió la vuelta á los chinipas, donde debia llegar muy en breve el padre Manuel Martinez, destinado para partir con él los trabajos de aquella nueva viña. Llegó en efecto el dia 23 de enero, y luego al veinticinco partieron juntos al pueblo de Varohio. Cuatro dias despues tuvieron la noticia de los malos designios de los guazaparis, y como á un catequista que el padre Pedro Juan Castini habia dejado entre ellos casado con india guazapari habian dado cruelmente la muerte á un hermano suyo. Se confirmó mas la noticia el dia siguiente, cuya noche tenian determinada para la ejecucion de sus perversos intentos. Juzgó el padre Julio Pascual que debia prevenir aquellos bárbaros, y llamó en su ayuda á sus fieles chinipas. Hallábase pocos de ellos en el pueblo cuando les llegó tan funesta noticia; pero sin embargo, tomaron luego las armas y corrieron á la defensa de su pastor. Los guazaparis que entraron en sospecha de que venian contra ellos los chinipas, se juntaron con los varohios y con algunas otras naciones de gentiles en tanto número que los obligaron á retirarse. Libres de aquel miedo el apóstata Comabeay y sus aliados, ántes de esclarecer el dia pusieron fuego á la casa en que dormian los padres, y juntamente á la iglesia para dar á conocer el motivo de su aborrecimiento y su crueldad. Los padres, despues de haberse mutuamente confesado y preparado á la muerte, hicieron lo mismo con algunos indios oficiales que habian traído, y otros indizuelos cantores para el servicio de la iglesia, y el padre Julio Pascual salió á hablarles con heroico valor. Su presencia y sus razones parecieron hacer algun efecto, y sea por esto, ó por alguna otra razon, pasó todo el sábado 31 y la noche sin que los guazaparis inten-

Muerte de dos misioneros.



tasen alguna otra novedad, aunque en todo este tiempo no cesaron de oír los padres injurias é improperios que mostraban bien cuánto tenían que temer del atrevimiento y furor de aquellos bárbaros: á la mañana asaltaron repentinamente la casa con grande alarido y tropel, quebraron las puertas los unos, otros asaltaron por las tapias, y comenzaron á dispararles una lluvia de flechas. Una atravesó al padre Julio Pascual por el estómago. Herido como estaba siguió al padre Manuel Martínez, que salió fuera del umbral diciendo: „No muramos como tristes y cobardes; démos la vida por Jesucristo y su santa ley.“ No acabó de pronunciar estas palabras sin que una flecha le cosiese el brazo con el cuerpo. Hincáronse luego de rodillas, y herizado todo el cuerpo de flechas consumaron felizmente el curso de su vida el día 1.º de febrero de 1632.

Consecuencia de este alzamiento.

Los cadáveres casi palpitantes aun, y rebolcándose en su sangre, arrastraron furiosos y encarnizados hasta poner las cabezas sobre una viga, donde con machetes, con hachas, con piedras con macanas se las dejaron quebrantadas y sin figura de humanos semblantes. Fué muy digno de notar que los bárbaros no cortasen las cabezas para bailar con ellas, en aplauso y celebracion de su victoria. Gran parte pudo tener en esto la fidelidad y el valor de un indio llamado Crisanto Sunemeay, que no pudiendo ya impedir la muerte de los padres, escondido tras de un pilar de la casa, se quedó hasta el domingo en la noche en guarda de aquellos venerables despojos, apartando de allí con flechas unos cuatro ó cinco que vió llegar, con ánimo de ultrajarlos. Los fieles chinipas, entendida la muerte de los padres, y que los apóstatas habian desamparado el pueblo de los varohios, para ir á quemar la iglesia de los guazaparis, sacaron los cadáveres, y con mucha veneracion y dolor les dieron sepultura en su iglesia, de donde poco despues los trasladó el padre Marcos Gomez á su partido é iglesia de Comicary, juntándose todos los misioneros á sus honras el día 14 del mismo mes de febrero. Juntamente con los padres dieron sus vidas por la constancia en la fé y abominacion de la sacrilega impiedad seis muchachos cantores, y algunos indios de los que habian traído consigo que fueron nueve, y solo se supo haberse salvado Crisanto Sunemeay. De los niños fuera de los seis muertos habia otros dos, que ocultos debajo de una mesa el uno, y otro en una alacena, tuvieron lugar de huir entre las garras de aquellas fieras, reservándolos Dios para testigos de las circunstancias de esta accion. Los chimipas pasaron luego la noticia al capitán D. Pe-

Libro de la Mision de San Juan de los Rios

dro Perea, y al superior de la mision, pidiendo que se les enviase otro padre, pero estando allí continuamente espuesto el ministro y ellos á los insultos de los guazaparis y varohios que habian jurado su pérdida, fué preciso incorporarlos con los pueblos de los sinaloas, padeciendo ellos este doloroso destierro de su patria, y la desolacion de sus casas é iglesia, que era de las mas lucidas por conservar la fé y la religion que profesaban. Tomáronlos á su cuidado el padre Francisco Torices con otro compañero. El capitán D. Pedro Perea por su parte se encargó del castigo de los rebeldes. Refugiados estos á sus picachos y quebradas profundas, estaban á cubierto de las armas españolas, y se habian burlado impunemente del capitán y de su tropa. En esta atencion habian llegado en su compañía algunos indios amigos, á quienes cometió el alcance. Estos, aunque cristianos, no olvidados de su antigua fiereza en el derecho que les daba una causa de guerra tan justa, se lo creyeron todo permitido, y la venganza pasó mucho mas adelante de lo que permitia la cristiana moderacion. Murieron de los alzados cerca de ochocientas personas de varohios y guazaparis. Los restantes que serian como cuatrocientos, por diligencia del padre Torices se redujeron á los pueblos de los sinaloas, fuera de unos pocos que se quedaron viviendo como fieras en los montes, ó se agregaron á algunos otros pueblos de gentiles.

Tal era el semblante de las cosas entre los guazaparis y varohios. El seno de la provincia habia conseguido entre tanto dos muy considerables alivios. El primero en la transaccion de un pleito con el venerable dean y cabildo de la Santa Iglesia Catedral de Puebla sobre la fundacion del colegio de S. Ildefonso. En virtud de la escritura de fundacion pedia el colegio una gruesa cantidad de mas de veinte mil pesos á la Santa Iglesia. Esta reconvenia al colegio pretendiendo anular dicha escritura y dotacion por haber sido otorgada despues de recibidos por su señoría ilustrísima los sacramentos en la última enfermedad. Duró algunos años el pleito, haciéndose cada dia nuevos costos, hasta que interviniendo el Illmo. Sr. D. Gutierre Bernardo de Quiroz, dignísimo prelado de aquella Iglesia, y teniéndose á este efecto varios cabildos en presencia de su ilustrísima, sin acabarse de convenir los capitulares trataron de elegir diputados que en nombre de toda la asamblea terminaran pacíficamente aquel negocio. Fueron estos los Sres. D. Juan Godines, D. Gaspar Moreno y D. Alonso Herrera, entre los cuales y los padres rectores de los colegios del Espíritu Santo

Libro de la Mision de San Juan de los Rios

Muerto del T. C. de la Mision de San Juan de los Rios

Transaccion del pleito de S. Ildefonso.

Muerto del T. C. de la Mision de San Juan de los Rios



Dotacion del colegio de Guadiana.

y S. Ildelfonso, se celebró un concierto de transaccion en fuerza de la cual desistia cada una de las partes de sus respectivas pretensiones, á 1.º de abril de 1632. El segundo fué la dotacion del colegio de Guadiana que hasta entónces se habia mantenido sobre muy pocos fondos é inciertas limosnas. El fundador fué el Lic. D. Francisco Rojas de Ayora, primer provisor y vicario general del obispado de la Nueva-Vizcaya. Señaló para este efecto la hacienda de S. Isidro de la Punta, con buenas tierras de labor y crias de ganado, á que añadió en dinero efectivo quinée mil pesos, con otras limosnas, fuera de lo que despues dejó en su testamento. Con este socorro se trató de poner luego clases de gramática y latinidad, como ardientemente lo habia deseado su primer obispo el Illmo. Sr. D. Fr. Gonzalo de Hermosillo.

Muerte del P. Cristóbal Angel y Juan Laurencio.

En la Casa Profesa murió á los 28 de abril el padre Cristóbal Angel, despues de haber ocupado muchos años los puestos más lustrosos de la provincia. Llamado del Señor á la Compañía por un modo particular; mientras mas prevenido le parecia estar contra los engaños de los jesuitas, se esmeró en conservar todo el tiempo de su vida religiosa la pureza de la conciencia como él esplicó á su confesor, cuanto cabe en las humanas fuerzas. No fué menós sensible el año siguiente la muerte del padre Juan Laurencio, observantísimo religioso que con su prudencia y ejemplo gobernó diversos colegios, y la provincia toda, seis años. Fervoroso misionero é incansable operario de la Casa Profesa en las lenguas otomí y mexicana, que siendo rector de Tepotzotlán, aprendió para bien de muchas almas de aquel y otros partidos. A su celo y prudencia debieron aun la temporal seguridad el puerto de Veracruz y muchos otros lugares vecinos amenazados de una invasion de negros foragidos de que hemos hablado en otra parte. Retirado los últimos años de su vida á la ocupacion de maestro de espíritu de nuestra juventud, emprendió interpretar los salmos de David de un modo que sirvieran mas á fomentar la piedad é interior afecto, que á divertir el entendimiento ó lucir la erudicion. En este ejercicio que lo era de una contemplacion no interrumpida llegando al salmo 72 en aquel verso: *Deus noster Deus salvos faciendi, et Domini Domini exitus mortis*, acometido de una maligna fiebre pasó de esta vida á los 72 años de su

Muerte del P. Pedro Gutierrez.

edad el 26 de mayo. A 21 de abril le siguió el padre Pedro Gutierrez, coadjutor espiritual formado de un retiro y abstraccion admirable de todo lo criado para unirse mas estrechamente al Señor por medio de una continua meditacion. Enseñó por treinta años gramática en el

colegio máximo, llegando á ver logrado el fruto de su piadosa educacion en hombres muy ilustres. Tuvo siempre por una de sus mayores glorias haber tenido en el número de sus discípulos al insigne mártir del Japon S. Felipe de Jesus, que llegó á venerar en los altares. El Illmo Sr. D. Leonel de Cervantes, obispo de Santa Marta, de Cuba, de Guadalajara y de Oajaca, se arrodilló en cierta ocasion delante del padre á besarle la mano y agradecerle las santas máximas que habia procurado inspirarle en su niñez. El padre Luis Bonifaz esplicó las singulares virtudes de este siervo de Dios y pureza de su vida con aquel breve y grande elogio: *Homo sine querela, verus Dei cultor abstineus, se ab omni opere malo, et permanet in innocencia sua*. Murió el dia 21 de abril de 1633.

Por este tiempo habia ya tomado en sí el gobierno de la provincia el padre Floriano de Ayerve, que desde luego comenzó á dar nuevo calor á la fundacion de Tehuacan, no sabemos por qué motivos detenida hasta entónces. A representacion de dicho padre provincial los fundadores D. Juan del Castillo y Doña Mariana de Tuésta otorgaron nuevas escrituras, no habiendo tenido efecto las primeras en el señalado plazo de seis años, aunque sin culpa alguna de parte de la Compañía. A lassegundas se le dió tambien el término de otros seis años, que venian á cumplirse el de 39. Sin embargo de lo mucho que deseaba el padre Ayerve ver cumplida en su tiempo aquella fundacion, no tuvo efecto por entónces, y dilatada para tiempos mas calamitosos llegó á no verificarse jamás. El colegio de Valladolid tuvo este año considerable alivio en la piadosa liberalidad del Lic. D. Diego Gomez, que por cláusula de su testamento otorgado en 21 dias del mes de marzo, le dejó por heredero de una hacienda de minas en el real de Santa Fé de Guanajuato.

Reduccion de los hinas.

A la siguiente mision de la sierra de Topía se agregó por el mismo tiempo nueva materia de merecimientos y trabajos con la reduccion de los hinas, que de algun tiempo ántes habian hecho fuga de sus pueblos. Son los hinas muy semejantes en ritos y costumbres á los xiximes ó toyas, de que hemos hablado en otra parte, aunque de diversa lengua y de génios mas dóciles. Habitan la mayor parte en profundísimas quebradas del centro de la sierra, y muchos á las márgenes del rio de Humace, que en su embocadura llaman de Piaxtla, muy cerca de su nacimiento, como á cinco leguas de Yamoriba. La aspereza de los caminos habia cerrado la puerta á las armas españolas y á los ministros del Evangelio, hasta que á peticion del Illmo. Sr. D. Fr. Gonzalo de



Hermosillo hubo de encargarse de su conversion la Compañía. El padre Luis Bonifaz, visitador entónces de aquellas misiones, señaló para esta arriesgada expedicion al padre Diego de Cueto, antiguo misionero, y muy á propósito para tan gran designio. El Lic. Francisco de la Osa, beneficiado de Cogotá, que le encontró en su viage y aun algunos otros misioneros, procuraron apartarlo con muy fuertes razones de aquel camino arduísimo, y como añadían infructuoso. Nada prevaleció en el buen religioso al amor de la obediencia. La vista y la relacion de los trabajos y los riesgos, animaba mas su fervor. Con este ánimo llegó al pueblo de S. Sebastian de Huaimino, y desde allí mandó á requerir á los hinas. No pudo conseguir que bajaran de la sierra sino seis, á quienes propuso con los modos mas dulces el intento y fin de su venida. La cabilosa nacion de los hinas, temiendo alguna traicion de parte de los españoles, respondieron á esta embajada que ellos no podian llegar á Huaimino, ni ponerse á discrecion de sus enemigos, que si el padre venia solo y buscaba su bien, tierras tenian en que sin peligro podia hablarles, que lo esperaban en Ixtitlán (despues S. Javier) quatro leguas mas ácia el nacimiento del rio. Una respuesta tan desabrida y tan equívoca no acobardó al misionero de Jesucristo: con aquella intrepidez que inspira el celo santo partió para Ixtitlán. Al llegar tuvo el desconsuelo de verse engañado de aquellos bárbaros. No halló en el pueblo sino muy pocos vecinos: los demás, retirados en lo interior de la sierra, no parecían que esperaban sino que el misionero se empeñase mas en su alcance. El padre, rasgando un lienzo ó tafetan en que llevaba envuelta una pequeña imágen de la Virgen Santísima, lo dividió en tres partes, en la una envolvió la misma imágen, en la otra su rosario, y en la otra una bolsilla con varias reliquias, y las dió á tres diferentes mensajeros que las llevaran á las principales rancherías como un pasaporte y prenda usada entre ellos de seguridad. La respuesta nada fué diferente de la primera. Dijeron que en Queibos, diez leguas mas adelante, esperaban al padre.

Cualquiera otro ánimo que el de un varon apostólico, hubiera desesperado del buen éxito. El padre Cueto, llevado de un nuevo fervor, se puso luego en marcha é hizo noche en el campo. A deshora comenzaron á bajar deshilados, sin niños ni mugeres mas de trescientos indios armados de arco y flecha. El buen padre, solo entre tantas fieras, puesta en Dios su confianza, los recibió con un rostro sereno, dándoles los gracias y preguntando si era aquel todo el cuerpo de la na-

cion. Sabiendo que no, y que conforme á su palabra lo esperaban en el lugar citado, partió lleno de consuelo para Queibos (hoy Santiago). En el camino á la ribera del rio halló clavadas en la arena tres lanzas, y en ellas atadas sus prendas, que hincado de rodillas, besó con ternura y con lágrimas. En llegando al pueblo halló con bastante dolor muy pocos de los hinas; pero desengañados luego que vieron que el padre venia solo, fueron bajando con sus familias. El padre les propuso su embajada de parte de Dios y del Sr. obispo que lo enviaba. Concurriendo el Señor á sus fervorosas exhortaciones trataron de formar allí un pueblo, al que se dió el nombre del Espíritu Santo, por la prontitud con que habia su gracia obrado en aquellos corazones. Entregaron gozosos para el bautismo mas de ciento cincuenta párvulos. Levantáronse cruces, y se fabricó una iglesia paja, celebrando misa el padre, y deteniéndose algunos dias en explicarles la santa fé y obligaciones de cristianos. Hecho esto dió la vuelta á Otatitlán, su partido, prometiéndoles volver luego á verlos, en habiendo dado cuenta de su comision al ilustrísimo y al padre Luis de Bonifaz. Entre tanto murió el Sr. obispo de Gadiana, y el padre Bonifaz ocupó la obediencia en el gobierno de los colegios. Los hinas se hallaron en la mayor desolacion. En pocas naciones ántes de su bautismo se vió mas constante fervor. Escribieron al superior de la mision de S. Andres, pero este, que habia sido de dictámen contrario á aquella entrada, no tuvo por conveniente resolver á su favor. Por otra parte, el padre provincial Gerónimo Diez, que entónces era, tenia señalado al padre Diego de Cueto por su raro talento de púlpito para la Casa Profesa. Esta resolucion hubiera sin duda arruinado enteramente la mision de los hinas. Estos se pusieron dentro de pocos dias en Durango, donde entónces se hallaba el padre Diez, que no pudo resistir á las sinceras instancias con que pedian que entrase el padre Cueto á sus tierras. Vuelto el misionero, aunque los principales y caciques de la nacion permanecian en sus buenos deseos, los demás se habian enfriado notablemente, y no pensaban en dejar sus amados picachos. El padre desde el real de S. Sebastian hacia frecuentes escursiones á diversas partes de la sierra con suceso muy desigual á su fervor y sus fatigas. Ni le faltaron peligros de la vida de parte de un indio apóstata del Tunal, á quien sus delitos tenian desterrado á aquellas breñas. El capitán del presidio, avisado de los indios de Tepuxtla que el pérfido procuraba atraer otros á su partido, lo puso en prision, y entrando por orden del gobernador á la sier-



ra, hizo bajar á muchos y los redujo á poblaciones fijas, repartiéndoles cien fanegas de maiz para sus siembras, y algunas vacas y caballos. Crecido el número fué necesario enviar al padre Cueto un nuevo compañero que fué el padre Pedro Jimenez. El asiento de los pueblos duró muy poco: una grande hambre que sobrevino los obligó á desalojarlos y volverse á los montes en busca de yerbas y raices para el necesario sustento. No parece que podian volver á las quebradas y á los bósques sin revestirse de su antigua ferocidad y de toda la aspereza de aquel clima. Pocos volvieron á sus pueblos, los demás: para redimirse de aquella esclavitud, determinaron deshacerse de los padres. Ninguna asistencia á la iglesia, ningun cuidado de traer sus hijos al bautismo, ni de instruirse ellos. Por otra parte, se les notaba andar siempre armados y recatarse de los misioneros. Estas sospechas, y aun los avisos de algunos fieles, hicieron al padre Cueto enviar á su compañero á Guadiana á informar al gobernador D. Gonzalo Gomez de Cervantes para que hiciera entrar al capitán Bartolomé Suarez de Villalta, hombre muy temido en aquellas regiones para la reduccion de los rebeldes.

Por la ausencia del gobernador no pudo tener tan pronto efecto esta expedicion; sin embargo, la dulzura del padre Cueto y su valor, remedió una gran parte del daño. Redujo á muchos y formó de ellos un nuevo pueblo, que ya era el sexto con el nombre de Santiago en el mismo sitio de Queibos, por otro nombre de Quilitlán. La entrada del capitán Bartolomé Suarez no vino á efectuarse hasta el tiempo de que vamos hablando. Habiendo llegado á Yamoriba en compañía del padre Diego Jimenez á los 18 de noviembre, en vez de encontrarse con los gefes de los hinas que habia citado para aquel sitio, se halló con carta del padre Juan Mallen, en que le avisaba la mala disposicion de sus ánimos, y como se armaban para defenderle la entrada. Confirmaba esta sospecha ver que á los 20 de noviembre aun no parecia alguno de ellos. Serenó este temor una carta del padre Cueto, en que aseguraba al capitán que los hinas serian con él al dia siguiente. Recibieronlos en el campo los indios aliados en número de cerca de dos mil que se habian juntado de diversos pueblos en el centro de una media luna que formaban vistosamente armados. La entrada cerraban treinta ó pocos mas soldados españoles, que haciendo fuego pusieron en respeto y aun en consternacion á los nuevos huéspedes. Despues de haberlos reque- rido con graves palabras del abandono de sus pueblos é infidelidad pa-

ra con sus ministros, les hizo jurar de nuevo fidelidad al rey nuestro señor, y en forma jurídica se otorgó instrumento de la fundacion y asiento de los pueblos, entregándose mutuamente sus caciques al capitán flechas, y él á ellos balas. Luego marcharon todos en procesion á la iglesia donde se cantó la salve á nuestra Señora. El padre les hizo una breve y fervorosa exhortacion, y el capitán no menos señalado en la prudencia y el valor que en la piedad para enseñar á los indios la veneracion que se debe á los ministros del Altísimo, hincadas las rodillas le besó los pies. Repartió luego á los hinas muchos costales de maiz y algunas cargas de carne, con que sacudieron de sí enteramente el susto con que habian estado hasta entónces. Concluida esta ceremonia con un festivo baile de los hinas se pasó á sus tierras, y rendidas el piadoso capitán las armas á los piés de una imágen de la Virgen Santísima, les hizo un largo razonamiento exhortándolos á la paz, al aprecio de sus almas y veneracion de sus ministros. En prueba de la que él les tenia, no sin grande resistencia y confusion del padre Cueto, que ya estaba presente, se arrojó á sus piés, y dejando enseñados á los bárbaros con ejemplos de tan rara humildad, despues de haber hecho traer un ídolo formado en una macana (de que tenian noticia; pero no habian podido los padres haber á las manos) y tajádolo en piezas á los piés de la misma imágen, dió la vuelta á S. Andrés.

Por aquellos mismos paises como nueve leguas mas adelante del lugar de Queibos ó de Santiago, habitaban otras naciones, á quienes la configuracion de los picachos altísimos, que defendian la entrada de su pais, habia hecho dar el nombre de los Humis. Habia muchos años que á costa de inmensos peligros habia visitado estas rancherias el apostólico padre Hernando de Santaren, y bautizado algunos párvulos. No pudo el fervoroso padre darles doctrina de asiento, por ser mas necesaria y provechosa su presencia en otros pueblos de la sierra. Ellos aficionados con el trato de los padres ministros de Papazquiario, cada dia crecian en deseos del bautismo, de cuya sinceridad dieron una prueba nada vulgar en tiempo de la rebelion de los tepehuanes que jamas pudieron traerlos á su partido ni apartarlos de aquellos santos propósitos. Lo que al principio mas habian resistido, que era salir de sus quebradas, voluntariamente hicieron despues por sí mismos saliendo á poblar en Humaze y Huarizame, alegando esto por mérito al padre Nicolas de Estrada, rector de Guadiana, y al padre Gerónimo Diez provincial, para que entrasen á su tierra los padres. Esto aconteció



Muerte del padre Pedro Gravina.

por los años de 1630, como en su lugar dejamos escrito, y desde entonces el padre Estrada en medio de las ocupaciones de su cargo de rector, hacía lugar para algunas escursiones al país de aquellos fervorosos catecúmenos, hasta que por orden del padre provincial Floriano de Ayerve pasó á doctrinarlos á la mitad de este año el padre Pedro Gravina, ministro de aquel partido de santa Maria de Otáis, que ocupó el padre Diego Ximenez. Cuando comenzaba el padre Gravina á tratar del bautismo de los adultos, cargado de años y de gloriosísimos trabajos en un nuevo clima, y caminos impracticables, le sobrevino la última enfermedad de que murió á la entrada del año de 1634 al 17 de enero. El celo grande de la salvacion de las almas, que consumió siempre el corazón de este grande hombre, en cerca de treinta años que se consagró enteramente á su cultivo, su religiosa observancia, su altísima contemplacion de que quedaron señales nada equívocas, y otras de sus admirables virtudes, darán en otra parte mucha materia con que edificar á nuestros lectores. Honra su memoria nuestro menologio el día 15 de enero del año de 1635, conforme en esto á una carta manuscrita del padre Ibarra, que copió tambien en su historia el padre Andres Perez. Esta carta está sin fecha, y parece haberse escrito despues de algunos años. El día que le hemos señalado, es el que pone en su elegante y curiosa relación, el padre Diego Ximenez, que tanto en Otáis como en Humaze, le sucedió en el ministerio, y cuya obra hubieramos, á no ser tan larga, insertado aquí á la letra gustosamente.

Este misionero no menos en lo material de los lugares, que en las provechosas fatigas y fervor de espíritu, seguia las huellas del padre Gravina. Dejando el partido de Otáis al cuidado del padre Francisco Serrano, se encargó de la mision de los humis: con lo mucho que en poco tiempo habia trabajado su antecesor, halló muy dispuesta la mierz para introducir la por medio del bautismo en los graneros del gran padre de familias, y bautizó en pocos dias mas de trescientos adultos. Causaban bastante inquietud al misionero algunos de los mas obstinados apóstatas de los tepehuanes, y aun muchos foragidos de los malhechores de los reales de minas y pueblos de españoles, que aseguraban en la aspereza de aquella sierra la impunidad de sus delitos, y hacian con su depravado ejemplo no poco estrago en otras rancherías de gentiles, cercanas á los pueblos de Humaze y Guarizame, á quienes se dieron los nombres de S. Pedro y S. Bartolomé. A costa de mucho trabajo pudo conseguir para librarlos de aquel contagio, que se redujesen á un nuevo

Fruto de Sinaloa y muerte del padre Hernando Villafañe.

pueblo diez leguas de Guarizame, á que dió el nombre de S. Pablo. Aunque habian faltado ya las nuevas conquistas en el partido de la villa de Sinaloa, sin embargo, no trabajaban poco los misioneros en formar aquellos pueblos á la política cristiana, enseñarles los oficios mecánicos, fabricar iglesias mas decentes, y desarraigar la cizaña que tal vez prendia por medio de algunos gentiles de pueblos distantes que por allí pasaban, y á los que luego se procuraba traer al redil de la iglesia. Los neófitos se hacian maestros de estos nuevos catecúmenos, y los persuadian y doctrinaban con tanta mayor facilidad, cuanta añade á las palabras el ejemplo. Se vió un niño de los que cantaban diariamente la doctrina en la iglesia hacerse apóstol, y catequista de otro de su edad, persuadirlo al bautismo, é instruirlo perfectamente bien en la creencia y obligaciones de cristiano. A este tiempo, aunque no se sabe el mes y el día, faltó á la sinaloa el padre Hernando de Villafañe, grande ejemplar y patron de estas misiones, en que ocupó mas de treinta años. Habiéndolo enviado la provincia de procurador á Roma en la congregacion celebrada el año de 1619, tanto en la capital del mundo con su Santidad y con el general de la Compañía, como en Madrid con el Señor D. Felipe III, hizo siempre la causa de los indios con mayor aplicacion. Vuelto de su viage sin poderlo detener, la espectacion que sentia de su grande prudencia para los empleos de mas lustre, pidió encarecidamente á los superiores lo volviesen á Sinaloa, donde edificando siempre con su vida observante, y aprovechando á los indios con sus continuas fatigas, acabó su carrera en buena vejez, con la actividad y fervor de un nuevo misionero.

No fué menos sensible en la Casa Profesa la muerte del padre Alonso Gomez de Cervantes, ilustre por su origen, de una de las mas nobles y antiguas familias de México, y mucho mas por sus religiosas virtudes. Su propio abatimiento y humillacion parece haber sido la ocupacion y continuo estudio de su vida. Esta le hizo en medio de gravísimas enfermedades que padeció muchos años, huir siempre de aquellos colegios en que podia tener alguna estimacion. Llamado de las misiones para el colegio de Oaxaca á peticion del Illmo. Sr. D. Juan Gomez de Cervantes su tio, á pesar de su rendida obediencia se opuso con tal vigor y energía de razones, que el Illmo., y los superiores no menos edificados que satisfechos, hubieron de conservarlo entre sus amados indios. Lo mismo hizo despues de algunos años destinado al colegio de Guadalajara á peticion de su Illmo. hermano D. Leonel de Cervantes.

Muerte del padre Alonso Gomez de Cervantes.